



## Las obras artísticas de consumo inmediato y sin vocación de perpetuidad ganan adeptos y aumentan su presencia en los lugares públicos

muestra.

En unas ciudades cada vez más saturadas de elementos, la adición de más objetos netamente artísticos se puede antojar excesiva. Por eso, como apunta Ana García, directora de la Bienal Spora y profesora de Creación audiovisual en la Universidad de Granada, el arte efímero tiene sentido que sea así, que permanezca un breve tiempo y luego desaparezca. «El disfrute de los sentidos que eso implica es suficiente para que constituya una experiencia artística interesante», destaca García. Para ello, la ciudad deja de ser una mera convidada de piedra para la exposición de esculturas o pinturas y pasa a ofrecer una interacción entre las obras artísticas, los ciudadanos y su propia fisonomía urbana. En el caso de Granada, se aprovechan espacios privilegiados como el Sacromonte, el Bañuelo, la Alhambra o la confluencia de los dos ríos de la ciudad, el Darro y el Genil, que jalonan el itinerario artístico.

En ese recorrido, se pueden ver los trabajos de los artistas comisionados. Fernando Rubio Ahumada es uno de ellos, un artista que trabaja con lo efímero pero con una obra cuyo título deja claras sus intenciones: 'Dejar huella'. Este artista toma las huellas dactilares de los transeúntes y las fija en cera de abeja. Luego da ese material forma de amapola, la tiñe de rojo y crea enormes hileras de amapolas que rodean todo lo que salga a su paso. Este artista ya ha 'dejado huella' en ciudades como Berlín, Bogotá, Cuenca o Bil-

bao, concretamente en el puente del Ayuntamiento. También trabajó en la capital vizcaína, gracias a una beca Séneca, Sara Cabrera, que llevó a cabo un ejercicio efímero, 'Pequeñas cosas aquellas', consistente en llenar de post-its los vagones del metro. En cada una de las pegatinas amarillas escribía las respuestas que la gente daba a esta pregunta: ¿Cuáles son las pequeñas cosas que te hacen feliz?

### Los espacios urbanos, ya saturados de elementos, constituyen el lugar preferido para el arte efímero

Tras valorar como exitosa la experiencia, Cabrera repetirá el ejercicio en la Bienal de Granada, esta vez en una plaza blanca y negra, para jugar con el contraste del amarillo chillón de las pegatinas, con los mensajes de los participantes en esta obra tan pasajera como colectiva.

Porque uno de los objetivos de este proyecto es acercar el arte a la ciudadanía. La propia directora forma parte de la asociación Arte y Sociedad y considera prioritario que el espectador pueda formar parte del proceso de la creación, como si entrara en la cocina del arte y el cocinero-artista le permitiera conocer los secretos de su oficio. «Es importante que la gente pueda hablar con el artista, que puedan preguntar por qué hace lo que hace, qué significa poner un millón de hojas en el suelo, qué entiendan que el arte lleva aparejado un discurso», explica Ana García. «La idea de echar el arte contemporáneo en la cara de la gente ha pasado, eso es un error», añade García, que reconoce que ahora se hace un arte conceptual menos duro, menos «crudo» que el de hace décadas.

Para demostrar que el arte conceptual, efímero, se puede entender, cita el trabajo de la británica Thris Scott, participante en la muestra. Scott ha mostrado en Granada su proyecto 'La Ciudad Cosida', que consiste en adherir a su ropa objetos de desecho que va encontrando a su paso, y que constituirán la arqueología del futuro. Luego accede al museo y pide la colaboración de los funcionarios para

que tasan esos objetos y los coloquen en vitrinas, como se colocan en vitrinas las vasijas, diademas o anillos de civilizaciones antiguas que rescata la arqueología. «Hay todo un discurso detrás, no es hacer el loco y a ver qué pasa; luego podrá gustar o no gustar, pero al menos se habrá comprendido», insiste García.

### El mundo como lienzo

¿Quién es quién en el mundo del arte efímero? El filósofo y experto en arte Fernando Castro Flórez prefiere hablar de 'arte procesual', que vas más allá del concepto temporal de la obra, de su duración concreta, y que incluye trabajos como el de Francis Alys. Sin perder su carácter espectacular ni la clave de constructora, dice este crítico, Alys desplazó, literalmente, una duna con la ayuda de un montón de gente armada con palas, en México D.F. Tituló a esta acción 'Cuando la fe mueve montañas'. Señala también el trabajo de Gabriel Orozco, Thomas Hirschorn o Isidoro Valcárcel Medina, «uno de los grandes maestros del arte de nuestro tiempo y eso sin dejar nunca de estar situado en los márgenes de lo institucional».

En un terreno más incipiente se situaría Carlos Irijalba, que con su proyecto 'Twilight' (Crepúsculo) tras-

ladó la torre de iluminación del estadio El Sardinero de Santander hasta la Selva de Irati, en Navarra. En la noche cerrada del mes de julio, Irijalba proyectó todo ese torrente de luz como un gran disparo en la oscuridad. Detrás de todo ello, reflexiones sobre la capacidad fascinadora de la luz, símbolo del espectáculo en la sociedad occidental.

Al artista del siglo XXI se le ha quedado pequeño el estudio, el 'atelier'. La ciudad para convertirse en la superficie de trabajo, pero también el entorno rural, como vemos en el caso de Irijalba o un entramado viario a las afueras de Pekín, próximo proyecto de este artista. El mundo entero pasa a ser no sólo motivo de inspiración, sino también el mayor espacio expositivo posible. Así se entiende el último reto creativo de la artista madrileña residente en Nueva York, Gema Alava, que ha presentado un singular proyecto titulado 'Find me' (Encuéntrame). Alava convenció a varios de los artistas más cotizados de EE UU, artistas de altísima cotización en el mercado, como Robert Ryman, Ester Partegas o Lawrence Weiner, para que le dedicaran, desinteresadamente, una pequeña obra.

Una vuelta de tuerca al concepto de lo efímero, que juega también con la ocultación. Fueron efímeras las bolsas de basura con distintos 'smileys' de Ester Partegas, los aviones de papel hechos con billetes de dólar y fijados en árboles de Lars Chellberg y las galletas redondas de Maria Yoon, con su retrato pintado con colorantes y azúcar. No fueron

efímeras, porque permanecen, otras obritas de arte colocadas, estratégicamente, en distintos puntos de la geografía estadounidense. El 8 de octubre, la artista convocó a los medios y al público en general para invitarlos a participar en este curioso juego, carne de inspiración para una novela de Auster o Vila-Matas. Se dieron unas pistas para descubrir esos cotizados objetos, pistas insuficientes ya que a día de hoy muchos de ellos siguen exactamente ahí donde los dejó su propietaria, Gema Alava. La propia artista viajó hasta San Francisco, al conflictivo barrio de Tenderloin, para camuflar algunas cinco de las piezas que componen 'Find me'. Entre ellas, un librito titulado 'Find Me 2.0', que contiene las coordenadas exactas de los lugares en que se colocaron las obras de arte y que quedó escondido en la biblioteca pública del barrio. Una suerte de 'bookcrossing' sólo que con obras de arte de artistas de primera fila, en vez de libros manidos por usuarios anónimos. No es mala empresa plantearse dar con ellos, por la parte poética que entraña esta aventura, pero también por la monetaria: a la firma consagrada se le añade esta peripecia creativa, indudable valor añadido en los inescrutables mercados del arte. Mientras, la pequeña pintura de Robert Ryman sigue oculta en una escuela de arte de Nueva York, a la espera de que alguien la encuentre. «Es el sitio que el propio Ryman eligió. Donde está no corre peligro y ahí seguirá por mucho tiempo, creo yo», sostiene Alava.